



## Los cascabeles de oro

Juan Eugenio Hartzenbusch

Blanca, rubia, lindísima, salada,  
risueña, bien hablada  
y en mil habilidades eminente  
para su corta edad, tal era Rosa;  
mas ¡ay! Enteramente  
sus raras prendas olvidar hacía  
una falta notable que tenía.  
Rosita, la discreta, la donosa,  
dio en la maña fatal de ser curiosa.  
En acechar pasaba todo el día:  
todito, mal o bien, lo averiguaba,  
y en seguida a parientes y lejanos  
todo con adiciones lo contaba:  
curiosidad y chisme son hermanos.  
Y si alguno lo duda, gente seria  
le enseñará, tratando la materia  
con grande copia de razones altas,  
que rarísima vez existe sola  
una de aquellas faltas.  
Atisbar y contar, allá en el juicio  
de muchos y doctísimos varones,  
son como en el reptil cabeza y cola:  
son dos partes de un cuerpo, dos acciones  
unidas con recíproco ejercicio:  
dos formas de pecar que tiene un vicio.  
-Basta de digresión, que va larguita.  
Sigamos con la historia de Rosita.  
Era bien infeliz: a cada paso  
llenaban a su madre las orejas  
de avisos y de quejas  
diferentes personas

dignas de hacer de su dictamen caso;  
y Rosa castigada,  
sin tregua ni descanso padecía  
dolorosos ayunos y encerronas,  
y siempre se veía  
de toda suerte de placer privada,  
raramente vestida y mal peinada.  
Doña Tomasa, su mamá, se dijo:  
Veré, con un ardid, si la corrijo.  
No se trate ya más de penitencia.  
Tomó la diligencia,  
y marchóse a vivir en un cortijo.  
Como por incidencia,  
vino allí de la corte  
el médico ordinario de la casa.  
Encerróse con él doña Tomasa,  
y atando por adentro el picaporte  
por no tener la cerradura llave,  
fingieron ventilar negocio grave.  
Rosita, con aquellos aparatos,  
ya se supone que se puso alerta:  
quitóse los zapatos,  
y alzados los talones,  
pasito a paso fue como un pilluelo,  
y atisbó por debajo de la puerta.  
Echada la curiosa por el suelo,  
besando los ladrillos,  
oyó decir a su mamá: Razones,  
indulgencia, rigor, todo se aplica;  
pero nada me vale con la chica.  
Hay otros defectillos  
que se pueden sufrir; pero éste, creo  
que si no es el más feo,  
es el que excita más la antipatía:  
nadie quiere vivir con una espía.  
-Vamos, señora, vamos  
(contestaba el doctor), compadezcamos  
a tales infelices,  
pues nace el ser curioso  
de un órgano facial defectuoso.  
-¡Calle! ¿Qué órgano es ése? -Las narices.  
Persona con nariz de poco peso  
tiene que ser curiosa con exceso.  
La curación del mal está en la mano.  
¿Es un sujeto de nariz liviano?  
Bueno: inmediatamente  
se le hace un añadido suficiente  
de cualquiera metal, y agur, amigo:  
en menos que lo digo,  
la persona más terca, la más zafia,

se olvida de espionaje y chismografía.  
-¿Está seguro usted? -Y tan seguro  
que más no puede ser: la señorita  
corre ya por mi cuenta. ¡Pobrecita!  
Usted la castigaba; yo la curo...  
Y sacará una moda muy bonita,  
que a costa de un pequeño sacrificio,  
les hará mucho bien a varias gentes.  
-Y ¿cuál es esa moda, Don Patricio?  
-La de llevar en la nariz pendientes.  
Voy a Madrid: me labrará un platero  
dos arillitos de oro con esmero,  
y haré que les agregue por colgantes  
un par de cascabeles elegantes,  
cuidando que les ponga la bolita  
del peso que la niña necesita.  
Romper en la nariz los agujeros  
es obra de poquísimos instantes:  
durante los primeros  
duele, pero poquito, casi nada.  
Es mortificación por conveniencia;  
y Rosa, como niña bien criada,  
recibirá la aguja con paciencia.  
En estando aviada  
con sus bonitos cascabeles de oro,  
le juro a usted por Avicena el moro  
que no ha de haber por la muchacha riña.  
-Corriente: cascabeles a la niña.  
Rosita sin estruendo,  
pero con miedo atroz, se fue corriendo.  
-Es verdad (exclamó), verdad y mucha,  
que siempre oye su daño quien escucha.  
¡Vaya que los doctores son crueles!  
¡A mí querer abrirme  
a hierro la nariz! ¡Yo cascabeles!  
Las pinchaduras dolerán de firme;  
y luego, para alivio de trabajos,  
¿qué papel haré yo con dos colgajos  
que nadie gastará? ¿Quién se acomoda  
con tan extraña, tan horrible moda?  
¿Qué moda? Si eso iguala  
a un letrado que diga: Yo soy mala.  
Y si voy a Madrid... ¡Virgen del Carmen!  
Conmoverá la población entera  
el alboroto que armen  
los cascabeles de Rosita Vera.  
Por no estrenar el afrentoso dije,  
pesado a la nariz, molesto al labio,  
me corrijo. -En efecto, se corrige,  
y tan completamente,

que al regresar el naricista sabio  
trayendo el salutífero presente,  
le dijo la mamá, de gozo llena:  
Estamos por acá de enhorabuena.  
La nariz de Rosita, no sé cómo,  
era de pluma, y se volvió de plomo.  
Ya no atisba jamás ni picotea,  
y está, gracias a Dios, desconocida.  
Por eso convendrá que suspendamos  
la operación aquella consabida;  
pero si hay recaída,  
y otra vez repitiere sus deslices,  
entonces le plantamos  
cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles, cencerros, esquilones  
de buque bien capaz y brocal ancho  
llevar a la garganta debería  
la turba de curiosos embrollones,  
traperos de perdidas expresiones,  
que lo revuelven todo con su gancho.  
Con el ruido el soplón se anunciaría;  
y al llegar a un corrillo, alguien diría:  
Quédese aquí la plática pendiente,  
porque el buen perillán que nos acecha,  
lo parla todo, y al contarlo, miente.  
Oye lo que le llega buenamente,  
y añade lo demás de su cosecha.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

